



Robert Boulin, ministro francés de Trabajo, cuyo suicidio, el 30 de octubre, ha desencadenado una violenta campaña contra la prensa.

El 'affaire' Boulin

ASALTO A LA LIBERTAD DE PRENSA

EDUARDO HARO TECGLÉN

ES una historia sórdida. Un ministro francés —Robert Boulin, de Trabajo— aparece mezclado en una transacción inmobiliaria irregular de la que se ha beneficiado; la denuncia aparece en un periódico satírico, pero que regularmente denuncia grandes temas de corrupción o de abuso de poder: "Le Canard Enchaîné", que recientemente había descubierto que Bokassa, el Emperador maldito, había hecho un importante regalo —diamantes— al Presidente de la República, Giscard d'Estaing. El ministro trata de silenciar la acusación; después, hace declaraciones de inocencia. Una semana después aparece muerto. Las cartas que lleva en el bolsillo inducen a pensar que se ha suicidado. Pero no está definitivamente claro. Su familia declara que jamás había tenido enfermedades nerviosas, y que el día de su muerte estaba completamente sereno; su

médico de cabecera explica que gozaba de una salud ejemplar y que "nada, en su psiquismo, podía hacer pensar en lo que ha sucedido". Las cartas son dudosas: están correctamente escritas a máquina, y el ministro era mal mecanógrafo; pero no eran cartas de las que se dictan. Por otra parte, una de las cartas, con tres mil palabras, tiende a envolver al ministro de Justicia, a la independencia judicial, a sus "amigos" políticos. Algo así —en menos— como las famosas cartas de Moro desde su secuestro. Quedan más dudas. Robert Boulin era prácticamente un ministro profesional. Lo era desde 1961: el más antiguo, el más longevo de Francia. Había ido pasando de una cartera a otra, casi de un régimen a otro —había comenzado con De Gaulle— y parecía intangible. Antes había estado siempre con De Gaulle, desde la organización de la resistencia en Londres,

1940. Parece extraño que un hombre de ese temple político, que ha podido ver en su vida todos los escándalos y todas las corrupciones, llegue a desfallecer hasta darse la muerte por un asunto menor. Pero, en realidad, cada suicidio, cada suicida, es un misterio. Y la versión oficial es la de suicidio; la causa aparece inmediatamente: acusado por la prensa, no pudo resistir su deshonor. Era un hombre íntegro, la prensa le había deshonrado.

Ya está aquí el gran tema: la prensa. Es un tema antiguo: los tiranos de otros tiempos mandaban ejecutar a los portadores de las noticias que no les convenía escuchar. Los modernos, sobre todo cuando se disfrazan de demócratas, tratan de realizar otras coacciones contra los mensajeros: la corrupción, el soborno, la presión. Todo el "affaire" Boulin termina siendo un ataque contra la prensa. No contra toda, evidentemente, hay

prensa buena, hay prensa mala. Hay, evidentemente, muchas clases de prensa. "Se puede lamentar —comenta en Londres, sobre este tema, el laborista 'Daily Mirror'— que la radio, la televisión y los periódicos a la orden (del Gobierno) hayan participado (en las acusaciones a la prensa) quizá sin tomar conciencia del peligro que amenaza a todos. Porque la intención de las autoridades es, evidentemente, imponer cadenas a los escasos periódicos que aún son libres". No sucede sólo en París. En Madrid, "ABC" escribe (crónica de Enrique Laborde desde París, 31 de octubre) que "Robert Boulin ha sido la última víctima de este tipo de siniestras utilidades de la libertad de prensa, una libertad mal entendida y peor aplicada". No está lejos de lo que escribe "L'Humanité", órgano del Partido Comunista francés: "Ciertos órganos de prensa han montado una campaña que, sin dudar ante

la insinuación y la acusación sin pruebas, tenía como objetivo desacreditar a un hombre. El resultado, sin duda, ha sobrepasado sus intenciones, pero está para recordarnos que la prensa también puede matar. Podría descubrirse ahí una respuesta del PCF y del propio Marchais contra un periódico —el "Canard"— que no les respeta en sus sátiras y que es muchas veces anticomunista; como la vieja tensión entre el PCF y "Le Monde" —que recogió el tema Boulin desde el primer momento y que defiende la libertad de informar y el deber de acusar la corrupción—. Si en Madrid "ABC" es el eco de la campaña contra la "sinistra libertad de prensa", "El País" toma la posición contraria: "Algo sabemos del odio —escribe en un editorial— y del desprecio hacia los periodistas de algunos sectores de la clase política de este país, donde el franquismo agonizante acuñó la expresión 'prensa canalesca' para denominar a los profesionales de la información y de la opinión que discrepaban de los criterios oficiales y se esforzaban por hacer llegar a los periódicos noticias no desfiguradas e ideas críticas. Pero preciso es reconocer que los hombres públicos de la vieja democracia francesa han dejado cortos a los representantes de la ultraderecha española al inventar el nuevo insulto de 'prensa asesina'".

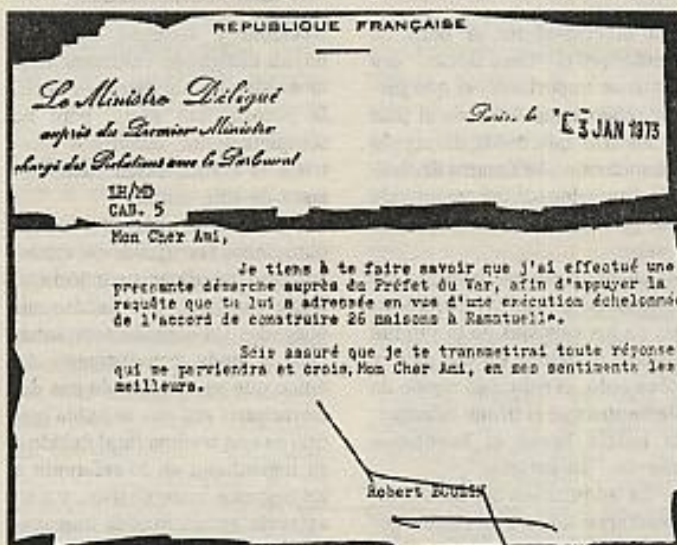
He aquí cómo el tema ha derivado. La historia sórdida se va envolviendo en dudas, en conjeturas, en suposiciones. La corrupción de la clase política se enquistaba, y lo que queda al aire es esta cuestión de la prensa en sus términos clásicos: hay una defensa de la democracia que incluye la de la libertad de prensa sin límite; hay un ataque al "exceso" en la libertad de prensa que incluye, sin apenas decirlo —porque es de mal tono, porque no está en el ambiente, porque tiene el peligro de apartar lectores, de descubrir demasiado sus cartas— el ataque a la democracia.

Vienen ecos de otros asuntos. Es difícil de olvidar por lo menos un par de servicios prestados por la prensa libre y democrática: el descubrimiento del "Watergate" de Nixon y, paralelamente, de las corrupciones del vicepresidente Agnew, y el tema de los "Papeles del Pentágono", que desprestigiaron definitivamente la guerra del Vietnam en los Estados Unidos. También aquellas ocasiones produjeron un debate y un enfrentamiento sobre los límites de la prensa: se acallaron cuando pudieron llegar al fondo de la verdad. El servicio que la prensa de los Estados Unidos prestó al funcionamiento real de la democracia, unido al funcionamiento libre de otro poder definitivo como independiente, el judicial, sirvió para depurar realmente la democracia. Parece indispensable que se comprenda que el establecimiento y el mantenimiento de la democracia no es solamente una cuestión de la organización política, del sistema par-

forma actual de la democracia. A partir de los monopolios de radio y televisión, que difícilmente pueden considerarse como medios extraños a la consideración general de prensa, sino que, por el contrario, se han convertido en fundamentales, hasta las invasiones de capital, las presiones publicitarias; las formas gubernamentales de control del papel, los impuestos, los envíos por medios paraestatales (ferrocarril, correos, aviación), las subvenciones... Misteriosamente puede observarse que hasta los partidos políticos más defensores de la democracia integral pueden encabritarse contra la prensa cuando algunos de sus acontecimientos internos que no querían ver reflejados salen a la luz, o cuando algunos de sus hechos reales son comentados e interpretados. Mientras, otras barreras legales se van levantando contra la libertad de prensa. Hay leyes de secretos oficiales, hay una tipificación de delitos que no deberían serlo; los de-

su encarecimiento. En el siglo XIX los periódicos se bastaban con una imprentilla alquilada y unos hombres de buena voluntad y de algún valor. En el nuestro han ido sufriendo el encarecimiento técnico y personal que afecta a todas las artes de la expresión: el teatro, el cine, la televisión. No es suficiente el precio que paga el lector: el precio a que habría de venderse un periódico sin publicidad o sin otras formas de ayuda sería tal que no llegaría a la sociedad: si acaso, a un puñado de elegidos de alto nivel de vida que, a su vez, representarían una determinada capa de la sociedad que decidiría la vida o la muerte de un periódico según su propia censura. Sin embargo, el número de lectores es imprescindible, sobre todo cuando la prensa tiende a la independencia total. No parece que en las democracias actuales, y muy concretamente en España, el lector en potencia se haya dado bien cuenta de cuál es su nivel de participación en la democracia a través del periódico o los periódicos que adquiere y lee. La vieja confusión, la nueva confusión, le crean desconfianza.

La lectura que se está haciendo del caso Boulin, a través de las explicaciones políticas francesas y de los medios de penetración oficial en la prensa, han desfigurado una vez más el carácter de los hechos. No es la corrupción de la clase política, la posible usurpación de influencia por parte de un ministro que construyó su casa de verano sobre un terreno dudoso y lo revaloró inmediatamente, las posibles complicidades que la misma víctima pudo descubrir en su carta póstuma o el tema de la moralidad pública lo que se está debatiendo ahora en Francia o en el mundo, sino la licitud de la prensa al descubrir las formas abusivas de poder. La situación de alarma debe alcanzar a la base esencial de la libertad de prensa: al lector. Sin él, a la larga, todo estará inevitablemente perdido. ■



Uno de los documentos comprometedores publicados por "Le Canard Enchaîné". Boulin escribe a su amigo Tournet para informarle de sus gestiones cerca del prefecto del Var: se trata de obtener rápidamente autorización para construir 26 chalets en el terreno de Tournet, en la localidad de Ramatuelle.

lamentario y de las elecciones libres, sino que depende enteramente de una serie de libertades fundamentales, entre ellas la de expresión, la de opinión, que están fundamentadas en lo práctico en la libertad de prensa. Que es una de las más invadidas en la

bates públicos se convierten en puertas cerradas, en comisiones discretas, donde los reunidos, aun de distintos partidos, se conjuran para no revelar sus acuerdos o sus desacuerdos.

La vulnerabilidad de la prensa está acrecentada por